



La cultura y los jóvenes

“El desarrollo recibe un aporte muy importante de las culturas urbanas y juveniles que con gran fuerza promueven formas de vida, imaginarios, sistemas de interacción social. Y también de las industrias culturales que participan en la construcción de las identidades sociales tanto como la promoción de un tejido consistente de producción simbólica y apropiación cultural”. Germán Rey

Desde la industria cultural hasta el actual período de multiculturalidad, el diseño y construcción de políticas culturales requiere ser pensado de acuerdo a dos problemáticas o variables muy precisas: la influencia del mercado en la resignificación de las identidades culturales de las personas y los países, la identificación de las necesidades —se podría reemplazar este término por el de deseo— concretas de desarrollo de los sujetos involucrados en la maquinaria del mercado. De modo que si el mercado comporta hoy gran parte de la responsabilidad en moldear identidades y generar falsas necesidades, como falsos deseos que generan en las personas un consumismo sin sustento, será imperioso robustecer los mecanismos del Estado tendientes a desarrollar políticas culturales sólidas y comprometidas con las necesidades de las personas. Políticas de participación orientadas a ampliar la capacidad de expresión y manifestación, y políticas de integración social cuya función sea el recupero de mayores grados de asociatividad. Tratando de que los resultados sean, siempre, la expresión de identidades culturales

nacidas “con” y “desde” las personas y no con el mercado.

Gran parte del debate por la cultura hoy está profundamente vinculado con las formas que ésta ha ido tomando en el mundo occidental a lo largo del siglo XX. Según lo expuesto por Peter Burger, el arte y la cultura fueron generalmente términos polémicos que se constituyeron en función de una ideología y una clase social. El primero era visto como la imagen de la auto contemplación burguesa, mientras que la cultura era la forma de expresión de lo bajo y lo popular. A partir de la década de 1920 proliferaron vanguardias artísticas, nuevas corrientes que provenían de la esfera del arte pero cuyo objetivo era deslegitimarlo, hacer evidente que sólo era una forma de expresión burguesa. Ellas buscaron acercar el arte a la praxis vital y hacerlo accesible a todas las personas. Es decir, se intentó unir arte y vida como práctica cultural, ya que si el primero se difuminaba en la cultura popular, las posibilidades de acceso y de producción artística se abrirían a todas las personas.

Lo que hacía evidente estos movimientos era la necesidad de involucrar a todas las personas en los procesos de generación de cultura y así volverla parte integral de su vida. Esta operación no implicaba sólo un movimiento de lugares, alterar o intercambiar espacios y accesos a ellos, sino además la posibilidad de configurar nuevas formas en las que la cultura podía ser pensada. Así ésta podría volverse piedra fundamental del desarrollo de las sociedades y de las personas en búsqueda de una comunidad más justa, o bien como

herramienta de lucha política para generar una sociedad más justa.

Ahora bien, ¿por qué la necesidad de hacer este pequeño repaso histórico del término cultura durante el siglo XX? Porque es necesario comprender hasta qué punto los problemas que se encuentran hoy en el diseño de las políticas culturales, muchas veces, son preguntas que interpelan por el sentido y la función de las políticas culturales en relación con los destinatarios, en función de quiénes y para quiénes. Al promediar la mitad del siglo XX, al avance de los medios masivos de comunicación se sumó una ola de progreso capitalista sin precedentes que generó un desfase considerable en las condiciones de producción de cultura. El fracaso de la intención vanguardista de acercar el arte a la praxis vital, es decir, de sortear el problema de la autonomía del arte, fue seguido de la problemática del desarrollo de la industria cultural. Basada en la creencia falsa de que las personas experimentaban un acceso total a la cultura, tal y como lo proponían los movimientos de vanguardia, esta industria encubría, las más de las veces, y como señala Beatriz Sarlo, la reproducción de necesidades “con la fantasía de que satisfacerlas es un acto de libertad y diferenciación”. Era falsa porque el mercado tendía a imponer una determinada forma de conducta, recreaba sensaciones que se creían verdaderas pero que sólo eran alimentadas bajo la fuerza de la seducción de las mercancías. Se dice que es falsa porque sólo acceden al mercado aquellas personas con recursos y capaces de efectuar en ese espacio todas las transacciones posibles que les permitan recrear esa idea de libertad y de identidad cultural.

La expresión más acabada de esta problemática, que se inicia a mitad de la década del cincuenta y que se extiende con variaciones y procesos hasta nuestros días, es la mirada que refleja al Estado como un inerte aparato que ya no es el

tributario o administrador de la cultura, de la identidad y la tradición; en su lugar está el mercado como el medio y el fin de la construcción de identidades.

Esta posibilidad de trazar un mapa de la cultura en relación con los diferentes procesos históricos, da una idea de cuáles son las condiciones de producción de cultura en una época determinada y cuáles las formas de generar políticas culturales de cara a los actores involucrados. Brinda también una ayuda en el camino a identificar los principales problemas en el diseño de políticas culturales orientadas a fomentar la práctica cultural como piedra fundamental del desarrollo humano.

Es en función de estas cuestiones que puede empezar a contestarse la pregunta del “por qué”, del sentido de la cultura en una sociedad y en un país con altísimos grados de pobreza. No se trata sólo de políticas para mantener impermeable el suelo de la tradición, sino de comprender, sobre todo cuando se habla de jóvenes, que hoy la identidad como forma de expresión más acabada de lo cultural se genera en buena medida a partir de necesidades y deseos ficticios, consecuencia inevitable del desarrollo de la industria cultural, y que produce insatisfacción e inestabilidad emocional. Considerar estas cuestiones implica ya la posibilidad de oponerle al problema una serie de soluciones desde los municipios, a través de centros de discusión y de debate que ayuden a diseñar políticas.

En un texto reciente del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires se ha mencionado que la discusión sobre las industrias culturales como forjadoras de identidades y bienes culturales no es inocua ni estéril, sino que implica una necesaria reformulación en el camino a recrear “una identidad cultural que recupere los lazos de asociatividad, solidaridad y hermandad perdidos”. Si bien el problema es complejo, ya que el mercado es parte

del acontecer cotidiano, es interesante trabajar sobre estas líneas en el diseño de políticas de largo plazo. Una de las propuestas del Instituto con respecto al recupero de la identidad cultural, es la que involucra a los “gestores culturales” o “trabajadores de la cultura”, cuya función sería enseñar “a estructurar, dinamizar y expresar sus propias experiencias y su pensamiento dentro de un proceso de recuperación crítica de los auténticos valores populares y su devolución sistemática de los mismos al pueblo y por el pueblo”. En buena medida, gran parte de esas acciones no puede ser librada a organizaciones no gubernamentales, sino que requiere del compromiso de políticas públicas para su concreción. No se trata de abolir el mercado o cerrar las barreras –algo impensable para la actual situación–, pues no es esa la única vía por la que se puede generar identidad cultural. Hay que trabajar para mejorar la convivencia entre las personas y las industrias culturales en función de una mejor absorción de las identidades locales y personales.

Cultura no designa, entonces, una relación específica con las Bellas Artes exclusivamente, sino que es una de las variables fundamentales con las que medir y promover el desarrollo. La función de la cultura es, como lo diría Cornelius Castoriadis y como se está concibiendo en el Instituto de Cultura, “promover el sentimiento de autonomía en los individuos y en los grupos. Si falta esa autonomía no cabe hablar seriamente de democracia. Y la cultura, es decir la auténtica participación activa en la creación cultural, es el instrumento idóneo para promover sentimiento de autonomía”. O en palabras del Informe sobre Desarrollo Humano de Honduras del año 2003, “la cultura es el medio para ampliar las opciones y las libertades de las personas, pero también su disfrute: es una libertad en sí misma que debe ser garantizada por los procesos de desarrollo”.

Es por ello importante entender que el desarrollo de políticas culturales debe apuntar a estimular la idea en las personas de que muchos mundos son posibles y que es un compromiso de todos ayudar a generarlos.

Cultura e Identidad

“Creo que la preocupación técnica central de la teoría del desarrollo será cómo crear en los jóvenes una valoración del hecho de que muchos mundos son posibles, que el significado y la realidad son creados y no descubiertos, que la negociación es el arte de construir nuevos significados con los cuales los individuos puedan regular las relaciones entre sí”. Jerome Bruner

Gran parte de los problemas que se encuentran al debatir acerca de las políticas de juventud radican en que la distancia entre los adultos y los jóvenes se ha ido pronunciando, ocasionando un profundo desfase en los modelos de socialización. Según la antropóloga norteamericana Margaret Mead, es a partir de los años ‘60 que emerge una nueva cultura, llamada prefigurativa, y que se caracteriza por el reemplazo de la autoridad de los padres por la del grupo de pares, “instaurando una ruptura generacional sin parangón en la historia, pues señala no un cambio de viejos contenidos en nuevas formas, o viceversa, sino un cambio en lo que denomina la naturaleza del proceso: la aparición de una comunidad en la que hombres de tradiciones culturales muy diversas emigran en el tiempo pero todos compartiendo las mismas leyendas y sin modelos para el futuro”. Esta modalidad acentúa, cada vez más, un proceso de distanciamiento entre generaciones, constituyendo uno de los problemas fundacionales de la juventud actual: mayores imposibilitados de mantener diálogos con los jóvenes, y éstos limitados

para mantener contacto con la experiencia de los adultos como fuente de autoridad y saber.

Lo cierto es que el desarrollo de las industrias culturales fomenta aún más esta brecha, volviendo los límites más profundos. Basta con saber que los niños son criados en el abrazo materno de la televisión, sin restricciones sobre lo que ven o escuchan, para comprender el grado de exposición que tienen al mundo de los adultos. Esto provoca, en palabras del colombiano Jesús Martín Barbero, un “desordenamiento cultural”, es decir, una fractura del orden de crecimiento, y una “deslocalización” del saber que trabaja desplazando las fronteras entre razón e imaginación, saber e información. Antes, el pasaje de la adolescencia a la madurez se comprendía como un conjunto de “instantes”, el matrimonio, el primer trabajo. Éstos conformaban un imaginario en donde el adolescente se convertía “instantáneamente” en adulto o, en el mejor de los casos, en adulto joven. Hoy los tiempos se han ralentizado y la “primera juventud”, como subraya Beatriz Sarlo, se prolonga hasta los 30 años. Condición de la vida postmoderna, pero también síntoma de una nueva modalidad cultural en la que los jóvenes se desenvuelven.

En esta perspectiva, se hace imperioso resaltar un eje teórico fundamental que acompaña a esta problemática. “El problema de la experiencia” es la expresión de la ruptura generacional que tiene su origen, de acuerdo a lo expresado por el alemán Walter Benjamin, durante la primera guerra mundial, cuando los jóvenes soldados volvían mudos a sus casas, imposibilitados de poder articular las sensaciones vividas en experiencias comunicables. “Sabíamos muy bien lo que era experiencia: los mayores se la habían pasado siempre a los más jóvenes. En términos breves, con la autoridad de la edad, en proverbios; prolijamente, con locuacidad, en historias”. Pero, tras las atrocida-

dades de la guerra, Benjamin se pregunta: “¿dónde ha quedado todo eso? ¿Acaso dicen hoy los moribundos palabras perdurables que se transmiten como un anillo de generación a generación? ¿A quién le sirve hoy de ayuda un proverbio? ¿Quién intentará habérselas con la juventud apoyándose en la experiencia?”. Aunque pueda sonar reiterativo, el filósofo alemán dio cuenta de que no es sólo una pregunta por la falta de experiencia la que tiene sentido, sino además habría que cuestionarse por la crisis de autoridad, por lo estéril de un proverbio frente a la dinámica velocidad de los juegos de computadoras.

De esta manera, la palabra escrita pierde peso respecto de la estimulación de la imagen, y la educación, en tanto no conciba formas más adecuadas de afrontar estos cambios, es una herramienta torpe con la que encarar los desafíos de los jóvenes en la modernidad. Mientras la “deslocalización del saber” siga operando sin el diseño de políticas orientadas a construir mediante la educación, por ejemplo, espacios de interacción con la multiplicidad del saber y los sentidos que hoy en día bombardea a los jóvenes, seguirá agrandándose esa distancia entre generaciones. En este sentido, y aunque suene categórico Jesús Martín Barbero, “ni los padres constituyen el patrón-eje de las conductas, ni la escuela es el único lugar legitimado del saber, ni el libro es el centro que articula la cultura”.

De este modo, se vuelve perentorio buscar formas de acercamiento que, aunque no inhiban o neutralicen estos procesos, al menos generen nuevas vías de comunicación. Pese a que la situación es compleja, no todo está construido sobre la negatividad y la carencia. Tal vez la condición de posibilidad de la juventud, tal y como se la conoce, haya debido sortear estos avatares, y fuera necesario, para que existiera como sujeto, la pérdida de autoridad de los adultos, puesto que se les debe

a los movimientos juveniles buena parte de los cambios más importantes producidos en el siglo XX. Por ello en los últimos años la juventud está siendo colocada en la agenda internacional. Muchos de los informes de Naciones Unidas se han centrado en ella desde distintas perspectivas, pero siempre tomando en cuenta la forma en que afecta a los jóvenes la escasez de políticas culturales orientadas al conjunto de la juventud.

La mirada de la juventud debe ser trasladada al terreno de la cultura, para comprender que los jóvenes manejan otros códigos, otros procesos de pensamiento, percepciones distintas, de una elasticidad cultural que, como señala Martín Barbero, “aunque se asemeja a una falta de forma, es más bien apertura a muy diversas formas, camaleónica adaptación a los más diversos contextos y una enorme facilidad para los idiomas del video y del computador”. Por ejemplo, algunos movimientos internacionales de jóvenes fusionan la protesta política con la vanguardia artística, planteando no sólo una estética de la protesta, sino también una práctica cultural de lo político. Las agrupaciones civiles varían y actúan bajo diferentes lemas, puede ser como defensores del espacio público, ecologistas radicales o militantes anticorporativos, pero en todos se denota la misma iniciativa: estética y práctica cultural como forma de manifestación política. Lo que distingue este tipo de actividades de las que generalmente pueden observarse en cualquier feria en una plaza o en un recital es que las personas, en este caso su mayoría jóvenes, tienen una actitud participativa, ellos mismos son actores de las protestas y no meros receptores de una política-espectáculo del Estado. Y además, generalmente, son movidas llamadas “contraculturales”, puesto que están contra la institucionalización, contra la posibilidad de que el Estado se apropie del espacio que ellos reclaman como propio.

Porque es la calle

“Tal vez, los jóvenes quieran estar en las esquinas con dos grados bajo cero, aun sin tener ninguna propuesta de música o de actividad concreta”. (testimonio de un joven bonaerense)

Uno de los rasgos distintivos a tener en cuenta, señala la mexicana Rossana Reguillo Cruz, es el tipo de representaciones simbólicas que se expresan a través del pelo, la ropa, los tatuajes, la música, y todos aquellos bienes culturales de los que se apropian y a los que los jóvenes les confieren un valor simbólico determinado. La cuestión de las formas de expresión de la juventud como prácticas de identidad cultural constituye hoy la piedra de toque fundamental para, como observa el sociólogo uruguayo Ernesto Rodríguez, “diseñar políticas culturales orientadas a estimular en los jóvenes la idea de identidad, de sociabilidad y de un compromiso con el esfuerzo sostenido por alcanzar un objetivo que se acerque a un proyecto de vida en desarrollo”.

Un joven participante de los talleres realizados en la Provincia de Buenos Aires en el marco de la preparación del presente Informe (ver el capítulo 4), señalaba: *“yo tocaba en una escuelita de percusión y salíamos por la calle; antes de una presentación nos juntábamos en una esquina, y a modo de invitación tocábamos ahí. Había también un grupo de chicas malabaristas, de las que tiran fuego. Pero no podés andar por la calle, porque es la calle. Vino la policía y nos dijo: ‘¿Qué están haciendo?’. Nos echaron a todos, a la banda de percusión, a las chicas y a los que estaban mirando”.*

Las esquinas ponen de manifiesto que hoy mucho de lo que les ocurre a los jóvenes está fuera de las instituciones. La escuela, las organizaciones comunitarias, las iglesias, los clubes y aun los videojuegos y los boliches, no resultan capaces de contener el aluvión de estímulos que tienen los

jóvenes. Frecuentemente se escucha decir lo contrario: *“los jóvenes están todo el día con Internet”, “lo único que les interesa es ir a bailar”, “el único espacio de participación que reclaman es el boliche”, o hasta “yo los veo todo el día sentados en la calle”*. Lo cierto es que cada vez más los jóvenes suelen forjar su identidad con prácticas culturales extrañas a las instituciones, tales como el rock, el graffiti, el estencil –que tiene una fuerte connotación política y contracultural–, el fútbol o la *“cumbia villera”*. Mucho de lo que pueda hacerse para fomentar en ellos una idea diferente de identidad y de ciudadanía dependerá del equilibrio que la intervención del Estado pueda construir mediante las políticas culturales. No es razonable pretender que se sometan a las prácticas institucionales convencionales, por eso es imprescindible imaginar instancias por las que ellos mismos puedan construir nuevas instituciones con prácticas que sean a la vez flexibles y suficientemente fuertes como para construir identidad.

En un Informe del Centro de Estudios Socioculturales Chileno se expone cómo funcionan las prácticas culturales de los jóvenes. En el entendido de que la juventud actual no representa lo que fue en la década de 1960, es imperioso destacar que los jóvenes hoy están abriendo puertas, a través de la cultura, a nuevas formas de experiencias y a nuevas modalidades de desarrollo. Es preciso que el Estado genere políticas tendientes a capitalizar ese aporte. No deben verse en sus tendencias culturales *“prácticas más o menos inofensivas de un montón de inadaptados”*, como resalta Reguillo Cruz. Porque cuando los jóvenes se agrupan para tocar en una esquina, escribir en las paredes o denunciar en las canciones la situación social actual, debe verse en ello no sólo una cuestión de orden, sino más bien una práctica cultural que busca su identidad y que, al mismo tiempo, evidencia una actitud política o que politiza su identidad.

Por ejemplo, cuando las murgas o las agrupaciones de teatro y música resignifican los espacios o salen a las calles para hacer representaciones teatrales, están buscando expresarse, interviniendo en la política a través de la cultura, haciendo una práctica cultural de lo político.

La cultura debe ser leída como la continuación de la política por otras vías. Se pueden leer algunas manifestaciones contraculturales como un mecanismo del mercado que alimenta *“falsos deseos”* de bienes culturales, pero no es posible cerrar los ojos a lo que los jóvenes manifiestan en sus diversas representaciones simbólicas: un mensaje que habla sobre su condición, sobre sus decisiones, sobre la producción y la integración de una nueva experiencia social. Aprender a leer estas actitudes ayuda a encontrar los nodos de comunicación con ellos y a generar el espacio de encuentro desde lugares no tan recargados de sentidos.

Una de las experiencias que se están llevando a cabo en la Provincia de Buenos Aires refleja alguna de estas inquietudes: en Necochea se están implementando propuestas que integran la cultura popular y el desarrollo social. *“La remontada”* es el resultado de una búsqueda en la que se trata de crear espacios para la promoción y la difusión de diversas disciplinas artísticas generadas por jóvenes y adolescentes. Busca acercar el arte a todos los sectores como forma de rescatar las identidades barriales.

Problemas de futuro

Rossana Reguillo Cruz señala que en Latinoamérica cada vez son más los colectivos juveniles que se proponen planes de acción desde los márgenes, o *“formas de resistencia colectiva”* frente a un futuro que no llega y sobre el cual no tienen nada que esperar: *“el futuro gris, in-*

cierto, negado, se avizora, por primera vez en años, como una posibilidad y siempre en relación con la propia acción. Si no actúas, no hables, reza el lema punk”. En esa frase, la autora mexicana invoca el difundido lema del “no futuro”. Hacer es actuar, aun cuando se trate sólo de la letra de una canción. Estos jóvenes retoman la práctica cultural y desde allí proclaman la imposibilidad de formular la vida como un proyecto a largo plazo, haciendo de los márgenes, de la no integración, el fundamento de su existencia.

En el terreno del diseño de las políticas culturales orientada a estos jóvenes, uno de los problemas a desentrañar es que se declaran contraculturales como los de las décadas de 1960 y 1970, pero carecen de objetivos definidos y son simple expresión de un descontento. La duda es si lo son por falta de espacio, o si cualquier espacio es insuficiente porque para ellos la negación es la única actitud legítima. La llamada Cumbia Villera es un ejemplo revelador del grado de marginalidad existente en algunos jóvenes bonaerenses. Invocando la letra de la canción de los Sex Pistols (“cuando no hay futuro / cómo puede haber pecado / somos las flores de los tachos de basura / el veneno en tu máquina humana / somos el futuro / tu futuro), Ernesto Rodríguez señala que “cuando no hay futuro no hay delito. Esta es la profunda sospecha de la villa y el temor de la argentina media”. Mientras no pueda concebirse el presente de acuerdo a las perspectivas de un proyecto de vida que pueda concretarse en el futuro, será muy difícil torcer la mirada que tienen los jóvenes sobre su situación y sobre la imposibilidad de un proyecto vital.

Del mismo modo que el movimiento contracultural de los ‘70, pero sin una propuesta de acción concreta y con una marginalidad propia de los países pobres, la cumbia villera comparte la experiencia de “no futuro”. Ya no se trata de dos generaciones que han perdido el modo de comu-

nicarse, como se señalaba antes, sino del lugar que irán a ocupar estos miles de jóvenes, desprovistos de futuro, sólo hermanados bajo un rótulo de marginalidad.

Una solidaridad

El fútbol es un factor decisivo en la identidad de muchos jóvenes. Es práctica deportiva y también un factor de consumo: adquieren todo lo que se vincule con un equipo porque eso recrea una identidad cultural específica que los vuelve diferentes. Además genera un cierto tipo de solidaridad, como en otros tipos de tribus urbanas. Como señala Pablo Alabarces, el fútbol es tan fuerte que por él “se aguantan todo, un choreo, una bandera, lo que sea”. Este tipo de solidaridad, “el aguante”, es el que lo sitúa en la frontera de la marginalidad, y dejando de lado su cara deportiva pasa a ser un lugar de solidaridad en la “resistencia”. No es el único caso de manifestaciones culturales que practican el fanatismo del aguante, pero sí tal vez sea el más visible, porque atraviesa los diversos estratos sociales.

El trabajo que en Chile se viene haciendo en tareas de diagnóstico e implementación de políticas culturales orientadas a los jóvenes es ejemplar. El llamado “Tour Marginal” es un programa preventivo que se basa en el fortalecimiento de las capacidades artísticas de jóvenes pertenecientes a grupos “autodenominados” marginales en lo cultural: raperos, punkys, rockeros, anarquistas, etc. “Para sus protagonistas, el Tour Marginal es toda una ideología que, más que centrarse en un cambio conductual de los llamados jóvenes marginales, intenta difundir valores como la solidaridad, la honestidad y la consecuencia frente a las tareas emprendidas, poder estrechar lazos de ayuda mutua y de reconocimiento de cada una de las acciones que se realizan para mejorar

las condiciones de vida vulneradas por el sistema”, señala uno de sus participantes. De ahí que el proyecto resulte interesante para integrar a jóvenes marginales, rompiendo prejuicios y estereotipos sociales, ya que es una banda de rock la que se sitúa como articuladora y generadora de una organización juvenil. En el Tour se busca trasladar la actitud contestataria de los jóvenes a un ámbito más familiar para ellos, para que desde ahí sean los actores de los cambios, promoviendo valores que antes tenían, pero sólo hacia el interior de su grupo de amigos.

El “fenómeno del rock”, además de ser un engranaje fundamental de la cultura juvenil, fue y es un dispositivo de construcción de subjetividad muy importante que permite a los jóvenes inventar un modo de vida diferente, poniendo distancia con el mundo adulto y sus instituciones. La industria cultural jugó un papel decisivo en el proceso y consolidación de estas identidades, generando modelos, formas y deseos que posibilitaron ese camino. Por este motivo es que muchas veces se relacionó al rock con una contracultura que se situaba en contra de lo “políticamente correcto”, porque proporcionaba una salida frente a las diferentes ataduras simbólicas del sistema.

Si bien en sus inicios el rock se planteaba como una cultura juvenil en tensión constante con una generación, proponiendo caminos alternativos, cambios radicales o valores distintos, hoy los derroteros de la mercantilización han llevado su propuesta programática a una suerte de transición: no siendo lo que era –actitud, cambio, rebeldía, protesta–, ha pasado a un estado donde se “rentabiliza la identidad de los jóvenes”, como señala Beatriz Sarlo. Pero no todo es consumo. De acuerdo a la encuesta realizada entre los jóvenes bonaerenses para la elaboración del presente Informe, el 22% de los jóvenes demanda del Estado una mayor oferta de cursos de música. Es claramente el refle-

jo del hecho de que para muchos jóvenes la música significa una salida frente a una realidad que prescinde del futuro.

En la actualidad, uno de los aspectos que distingue al rock de otras expresiones artísticas es su estrecha relación con lo territorial. Si la esquina es el lugar desde donde sería conveniente pensar a los jóvenes, el “rock barrial” es su forma de expresión más acabada. Numerosas grupos de música se hacen eco de esa voz y adoptan esa perspectiva. En los municipios bonaerenses en los que hay una coordinación de juventud, gran parte de los talleres o programas orientados a los jóvenes están vinculados con la música. En el caso de Adolfo Alsina, se ha creado una Escuela Municipal de Música. Otro de los casos interesantes es el “Morón Rock”, festival que se realiza una vez por año con distintas bandas de la comunidad y artistas invitados. También allí está “La minga”, festival de la juventud que se realiza mensualmente desde 2001, que consiste en un ciclo de arte y cultura orientada a la solidaridad.

Pero es importante que las experiencias culturales no queden en meros hechos insulares. Lo que más se subraya en las coordinaciones de juventud municipales es que no deben generarse promesas entre los jóvenes que no se vayan a cumplir. Se debe apoyar el desarrollo de sus capacidades sin imponerles modelos o fórmulas, incentivando la idea de que es posible transformar la realidad. En esta perspectiva se puede pensar al rock y al fútbol como vías para pensar alternativas, aprovechando el espíritu de solidaridad que contienen en sus manifestaciones informales.

Integración y reconocimiento

“Una sociedad integrada es aquella en la cual la población se comporta según patrones socialmente aceptados

y existe un ajuste entre las metas culturales, la estructura de oportunidades de que se dispone para alcanzarlas y la formación de capacidades individuales para aprovechar tales oportunidades”. (CEPAL)

Las políticas culturales deben diseñarse de cara a la diversidad y a la multiplicidad de identidades de la juventud. Como punto de partida debe eliminarse la distancia existente entre el Estado –aun el Municipal– y los destinatarios de esas políticas, si bien pueden generarse actividades barriales como una de las formas de acción inmediata más eficaces.

Es inútil pretender que aprendan sobre la cultura burocrática cuando lo que se pretende es que puedan expresarse para reforzar su identidad. También lo es suponer que todos ellos van a acordar en una serie sencilla de propuestas uniformes.

Más que resistirlas, deben ser aprovechadas sus capacidades para desenvolverse en un mundo en el que la imagen prima por sobre la palabra y en el que la idea de autoridad está constituida a partir de nuevos códigos. La política tiene en la cultura de los jóvenes una oportunidad inmejorable para refrescarse. Debe integrarlos implicándose en esa relación, ya que no hay modo posible de integración sin el otro. El desafío es clave si se pretende que la actividad política pueda reflejar la heterogeneidad social.

Teniendo en cuenta las diferencias sociales existentes, las políticas locales pueden facilitar el acceso pleno a diferentes manifestaciones culturales a los distintos estratos sociales. El espacio de la cultura local tiene la ventaja de que sólo puede disfrutarse si se comparte con los otros. Su desarrollo puede incentivar en los jóvenes la idea de libertad, el pensamiento crítico y las capacidades de desarrollo personal.

Tal vez una de las carencias más importantes de algunos jóvenes sea la de un proyecto de vida personal. Según Emi-

lio Tenti Fanfani, éste es uno de los problemas más graves que debe superar el Estado: de la misma forma en que los conocimientos técnicos se aprenden y transmiten en las escuelas, la construcción de un proyecto de vida también puede aprenderse y transmitirse, y en ello tiene un papel indelegable el municipio. El proceso de integración social se vuelve muy complejo si a los jóvenes les resulta poco estimulante el conocimiento y además resulta cada vez más difícil extraer conocimientos de la experiencia personal. Pensar en la cultura, entonces, como un mecanismo de expresión, es imaginar y diseñar un espacio para la integración participativa. La cultura todavía es vista como un espacio autónomo y, por lo tanto, libre, saludable, creativo y de desarrollo. “Es expresión de sentimientos y broncas”, como señala uno de los jóvenes entrevistados.

La alianza entre la creatividad de la juventud y su capacidad de pensar críticamente el mundo en el que viven, permitirá que surjan nuevos tipos de ocupación, fuentes de ingresos y puestos de trabajo, tal como señala el Informe del Instituto Ciudadanía de Brasil. El Estado puede ser el generador de esas políticas, no sólo desde la perspectiva de la generación de empleo, sino de formas de trabajo muy valoradas por los jóvenes.

También se vuelve perentorio generar políticas culturales enfocadas en el desarrollo local, tal como lo señala el Instituto de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. La mayoría de los especialistas consultados concuerdan en resaltar esta necesidad, ya que la descentralización y la acción municipal constituyen las mejores políticas para la producción y el reconocimiento entre distintos territorios. Lo que no quiere decir fundar para cada barrio o localidad una política cultural diferenciada del resto, sino promover localmente acciones destinadas al desarrollo de identidades juveniles.

En cuanto a las formas de generar espacios de integración y desarrollo para los jóvenes, se deben recuperar espacios públicos y crear centros deportivos y casas de cultura exclusivas para la juventud. También pueden impulsarse cruces entre el deporte y la cultura, ya que muchas veces los jóvenes se vuelcan con mayor facilidad a la práctica deportiva que a la artística.

Pueden también establecerse acuerdos con otras instituciones culturales tradicionales, tales como museos, teatros y centros culturales de mayor envergadura, sin pretender una dedicación absoluta, sino más bien un mutuo reconocimiento. Asimismo, deben promoverse en mayor medida los vínculos entre expresiones artísticas de las distintas localidades de una misma región, para poder reforzar así una identidad local más amplia.

Muchos jóvenes manifiestan que es difícil acceder a las formas institucionales de promoción cultural vigentes. Hay pocos espacios para que los jóvenes puedan practicar sus habilidades artísticas y promocionarlas en forma gratuita. Ellos no suelen ser dueños de inmuebles, y por otra parte al Estado suelen sobrarle grandes galpones y patios.

Aunque la tarea pueda ser compleja por la heterogeneidad de los jóvenes, es imperioso favorecer su perspectiva creativa para orientarla a formular conceptos sobre la identidad nacional. Concursos, viajes, intercambios con expresiones artísticas de otras generaciones, ciclos de teatro o de cine, son posibles formas de promover una mayor imbricación entre lo nacional y lo regional.

Otro aspecto que puede ser aprovechado es el de la tecnología como instru-

mento de integración de los jóvenes en el Estado, promoviendo el desarrollo tecnológico en función de la cultura, integrando distintos sectores sociales en la producción de programas culturales, educativos y laborales. Conjuntamente con la creación de centros de capacitación a distancia, pueden promoverse instancias de intercambio cultural con jóvenes de otras locales que se refuercen mutuamente. Estas aplicaciones tienen un costo muy bajo y son flexibles, pueden hasta funcionar como centros culturales virtuales administrados por jóvenes.

En cuanto a la implementación de estas políticas, en general, debe otorgarse prioridad a los enfoques transversales, tal y como lo subrayan gran parte de los informes latinoamericanos relacionados con las gestión de políticas de juventud. Como se señala en el Informe sobre Juventud, Pobreza y Desarrollo de CEPAL, “parte de las limitaciones para esta transversalidad de las acciones que promueven el desarrollo de la juventud se debe a una inexistente o débil institucionalidad rectora en materia de juventud”. Para modificar esta situación, puede aprovecharse el hecho de que, a diferencia de otros aspectos de las políticas de juventud, en materia de políticas culturales los jóvenes no requieren de la mediación técnica para formular y articular sus demandas. Basta una voluntad decidida de parte del ejecutivo municipal o del Concejo Deliberante para que puedan ser formuladas y aplicadas. La pobreza no puede ser argumento para dejar de lado las políticas culturales. Porque hay millones de familias en la miseria, la Provincia de Buenos Aires no puede darse el lujo de ignorar la cultura y la identidad de los jóvenes.